MODERNISMO, 98, SUBDESARROLLO *

1. - Desde que, hace treinta y cuatro años, Federico de Onís expusiera en su *Antología de la poesía española e hispanoamericana 1882-1932* (Madrid, 1934) su nueva interpretación del modernismo [1], tal interpretación ha ido imponiéndose, con enriquecimientos y precisiones del propio de Onís y de otros autores [2]. Ella supone, entre varios aspectos (rectificaciones cronológicas, descubrimiento de la verdadera función de algunos de sus elementos formales, etcétera), los siguientes:

a) Considerar como una sola la literatura que, en el último cuarto del siglo XIX, comienza a desarrollarse primero en Hispanoamérica, y algo después en España, y abarcará hasta bien entrado el siglo XX. Este criterio acepta que la literatura del modernismo no es la de una escuela, sino la de una época, como las del barroco o el romanticismo. Al mismo tiempo, rechaza la tesis de que el "modernismo" sea propio de Hispanoamérica, y la literatura del 98, de España, otorgándole a aquella la parte del cisne y a esta la del león [3], y, en general, rechaza la

---

* Con ligeras modificaciones, este es el texto de una ponencia leída en el III Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas, celebrado en México, en agosto de 1968. Se recogió en mi libro *Ensayo de otro mundo*, 2ª ed., ampliada, Santiago de Chile, 1969.

[1] Para evitar constantes aclaraciones, escribiré la palabra "modernismo" entre comillas para indicar la acepción estrecha ya superada; y sin comillas, modernismo, cuando se trate del nuevo concepto.

[2] Como Juan Ramón Jiménez, Ángel del Río, Max Henríquez Ureña, Manuel Pedro González, Iván A. Schulman, Ricardo Gullón.

[3] Opinión expuesta, entre muchos otros, por PEDRO SALINAS en su ensayo de 1938 "El problema del modernismo en España o un conflicto entre dos espíritus", *Literatura española del siglo XX*, segunda edición aumentada, México 1949.

contraposición de esas dos líneas en el interior mismo de España, como hace todavía Guillermo Díaz-Plaja en *Modernismo frente a noventa y ocho. Una introducción a la literatura española del* SIGLO XX (Madrid, 1951).

b) Incluir decididamente dentro del modernismo no sólo a los poetas, sino también, y de modo relevante, a los prosistas. Puesto que a menudo se trata de las mismas personas, quizá sea mejor decir: no sólo la poesía, sino también la prosa.

c) Como consecuencia de lo anterior, incluir plenamente dentro del modernismo, dándoles su verdadero sitio, a figuras como José Martí y Miguel de Unamuno.

2. - Pero esta justa ampliación del concepto de modernismo obliga a dar razón de varios hechos, y señaladamente de dos:

a) En qué puede consistir la nueva unidad literaria de España e Hispanoamérica, que ya no es la propia de metrópoli y colonias (dándose incluso el caso de que esta nueva literatura no arranque de España, sino de Hispanoamérica).

b) Qué relación guarda el hecho literario que es el modernismo con el pensamiento [4] que anima sobre todo (aunque no exclusivamente) a sus prosistas, y en particular a José Martí y Miguel de Unamuno, quienes son también los más importantes pensadores de la lengua desde que se inició la decadencia española [5].

3. - Ello es particularmente visible en lo tocante a la nueva unidad literaria de España e Hispanoamérica de que da testimonio el modernismo. La unidad de una literatura está sustentada en una unidad previa, de carácter no literario. Esa unidad podrá ser la nación, como ha ocurrido en Europa desde el Renacimiento, o formas anteriores, como en Grecia, Roma y el Medioevo: en cualquier caso, una institución relativamente homogénea, de naturaleza no literaria, se expresa a través de una literatura. Con frecuencia esa institución es política. Sin embargo, ha sido dicho — y comparto ese criterio — que con el modernismo se hace una la literatura de España e Hispanoamérica precisamente en un momento en que estas zonas ya no constituyen unidad política alguna. Parece innecesario refutar la tesis de que sea la comunidad lingüística la que consolide esa literatura: sin querer restarle su evidente importancia, esa comunidad, así como otros aspectos de una tradición vivida en común, son, para decirlo en términos matemáticos, necesarios pero no suficientes — como se ve en numerosos casos de metrópolis y colonias o excolonias —. Quiero ofrecer otra hipótesis sobre la unidad de España e Hispanoamérica que el modernismo va a expresar.

En el último cuarto del siglo XIX, afirmadas ya e incluso en vías de expansión imperialista las potencias capitalistas de Europa y los Estados Unidos, se hace evidente que no sólo los países hispanoamericanos, sino la propia España no se cuentan entre esas potencias: han sido marginadas de la línea mayor de la historia, y constituyen lo que, entrado el siglo XX, se llamarán países subdesarrollados. Esta tragedia histórica que viven simultáneamente, en esa época, España y sus excolonias americanas, es el sustrato común de que va a dar testimonio el modernismo literario e ideológico. (Recuérdese, por otra parte, que tal hecho contribuye a mantener en cierta forma unidos a los múltiples países de la propia Hispanoamérica.) Esta condición de subdesarrollo no es la misma para Hispanoamérica que para España [6]; tampoco se borran del todo las distinciones entre una y otra literatura. Pero, por debajo de esas distinciones,

[4] Me valgo del término *pensamiento* tal como lo considera JOSÉ GAOS en su *Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea* (México, 1945). No es dable olvidar, sin embargo (aunque no sea este el lugar para insistir en ello), "la pertenencia de la poesía [es decir, de la literatura] al pensamiento en general", criterio que defiende con fortuna GALVANO DELLA VOLPE en su *Crítica del gusto,* traducción del italiano por MANUEL SACRISTÁN, Barcelona, 1966.

[5] "Los más grandes pensadores de lengua española desde el Siglo de Oro de las letras españolas son precisa y significativamente los más grandes prosistas de la lengua desde el mismo siglo". JOSÉ GAOS: *op. cit.,* pág. XXXVI

[6] Sobre la evidente diferencia — estructural y genéticamente hablando — entre el subdesarrollo hispanoamericano y el español, cf. YVES LACOSTE: *Les pays sous-développés,* Paris, 1960, especialmente pág. 86.

una estructura común las unifica: no una entidad política, sino una desventura económica que no tardará en revelarse casi al mismo tiempo en desventuras políticas y en una compleja obra literaria.

4.- En relación con el pensamiento que anima al modernismo, considero, como es obvio después de dicho lo anterior, que se trata de la aparición, a menudo confusa, dolorosa o indirecta, de la conciencia de pertenecer a esos países laterales, "secundarios" (dijo Marx), que ahora llaman subdesarrollados. Hace más de veinte años, Ángel del Río y M. J. Bernadette habían advertido que "este fenómeno aparentemente contradictorio —máximo nacionalismo al lado de máximo universalismo— [...] toma mayor impulso en los países que habían sido afectados menos directamente por la revolución liberal, industrial y científica del siglo XIX" [7]. El carácter rebelde del modernismo, por otra parte, incluso del más aparentemente superficial, ya fue visto con acierto por Ricardo Gullón, quien supo destacar el papel funcional de lo que se solía tener por hueca utilería: "el cisne y Versalles y las princesas tienen sentido", dijo. "Son armas contra la vulgaridad y la chabacanería del ensoberbecido burgués; no imágenes de una evasión, sino instrumentos para combatir la imagen de la realidad que se les quería imponer" [8]. Más lejos ha ido Octavio Paz (y aunque se estuviera refiriendo sólo a Hispanoamérica, sus palabras, *mutatis mutandis,* son también válidas para la España del momento) al escribir que en los modernistas "el amor a la modernidad no es culto a la moda: es voluntad de participación en una plenitud histórica hasta entonces negada a los hispanoamericanos" [9]. ¿Qué puede ser la otra cara de esta voluntad, sino la conciencia de carecer de lo que se quiere? Ese pensamiento va a expresarse antes en Hispanoamérica que en

[7] ÁNGEL DEL RÍO y M. J. BERNADETTE: *El concepto contemporáneo de España. Antología de ensayos (1895-1931)*, Buenos Aires, 1946, pág. 21.

[8] RICARDO GULLÓN: *Direcciones del modernismo,* Madrid, 1963, pág. 48.

[9] OCTAVIO PAZ: *Cuadrivio,* México, 1965, pág. 21.

España porque en aquella la realidad estaba menos enmascarada; y tanto en una como en otra, conocerá primero una ilusión de modernidad por la vía del contagio, para ir a parar luego a la certidumbre de que somos otra cosa, y adquirir una aprehensión más clara de nuestra propia realidad. Ese pensamiento puede y debe rastrearse en toda la literatura modernista. De esa forma se contribuirá a tener una idea más clara de su verdadero rostro. Pero, por supuesto, se hace más evidente en quienes tienen como tarea hacer explícito dicho pensamiento: los pensadores. Ya he escrito que dichos pensadores —y no es un azar— coinciden con los grandes prosistas. Convendría detenerse en los mayores: José Martí y Miguel de Unamuno. Pero es menester recordar antes otra sagaz observación de Gaos:

> Pensamiento de la decadencia [en España] y pensamiento de la independencia [en Hispanoamérica] presentan notorias afinidades de fondo y forma. Buscar las causas y encontrar los remedios de la decadencia nacional, resolver los problemas de la constitución de la patria son operaciones del mismo sentido: de política en la amplia acepción etimológica del término, que lo refiere a la comunidad cultural en todos los sectores de la cultura y no sólo en el político en la acepción más estricta, pero que comprende también esta. Pues bien: política en ambas acepciones, o en la primera, es si no la totalidad absoluta, la mayor y mejor o buena parte, o cuando menos la inspiración radical o entera, de la obra de pensamiento de los nombrados o aludidos [...] Y casi podría agregarse que en la medida en que pensamiento de la decadencia y de la independencia se alejan de la política en la acepción amplia hacia la filosofía pura, descienden en originalidad y valía. En cuanto a la forma, la del tratado o curso sistemático y metódico es la de la parte también menos original y valiosa, más meramente didáctica, de la obra colectiva; la de la parte más original y valiosa es la del ensayo y el artículo y la del discurso, de estilo de valor estético en muchos casos, sumo en algunos [...] Pero además de estas afinidades generales de fondo y forma se encuentran paralelismos, correlaciones precisas entre las sucesivas promociones de pensadores de la decadencia y pensadores de la independencia [...] La razón radical y concluyente [...] estaría en una unidad histórica que ellas contribuyen a hacer ver y probar [10].

[10] JOSÉ GAOS: *op. cit.,* págs. XXXV-XXXVII.

Ésta bien podría ser una introducción al pensamiento de estos hombres, el cual está allí caracterizado desde el arranque y el sesgo hasta los géneros mismos en que encarna (y a los que Gaos llama, algo confusamente, "forma"). Hay que añadir que los une, más allá de los términos propuestos por Gaos ("pensamiento de la decadencia" para los españoles, "pensamiento de la independencia" para los americanos), el subdesarrollo. Y aquí es necesario trasladar a este concepto lo que Gaos dice del pensamiento de la decadencia: que es tal *por el objeto y no necesariamente por el sujeto.*

5.- De los grandes pensadores del modernismo, el más entrañado con esta cuestión, y por ello mismo el más actual, es José Martí. En otra parte[11] quise mostrar que Martí fue el primero en descubrir la existencia de lo que luego se llamaría tercer mundo. Y ello por varias razones. Dije antes que la aparición del modernismo ocurre primero en Hispanoamérica que en España, porque en aquella la realidad estaba menos enmascarada. Ahora añado que, en cierta forma, Cuba era para Hispanoamérica lo que ésta para la comunidad hispánica. Medio siglo después de la independencia política del continente hispanoamericano, continuaba siendo colonia española. Al acometer su liberación, Martí se encuentra con otras realidades históricas que todavía podían pasar relativamente inadvertidas para los demás países hispanoamericanos —y, desde luego, para España—. Además, los quince años de residencia de Martí en Nueva York le permiten conocer íntimamente la transformación de los Estados Unidos en país monopolista e imperialista, y le dejan advertir que la primera víctima de ese nuevo imperialismo había de ser nada menos que su propia Cuba, y, sobre ella, el continente que él llamara "nuestra América" para distinguirlo de lo que también llamara "la América europea". Los años de residencia de Martí en Nueva York son compa-

[11] "Martí en su (tercer) mundo", *Cuba Socialista,* núm. 41, enero de 1965, y luego en varias ed. Allí adelanté algunas ideas que retomo y desarrollo en esta ponencia.

rables, para la toma de conciencia de nuestro mundo, a los años de estancia de Carlos Marx en Londres para la elaboración de *El capital.* La complejísima situación en que Martí está colocado le hace quemar etapas: muy pronto, sabe ya que aquel contagio de modernidad que todavía iba a ilusionar a tantos, es puro mimetismo sin consecuencia. Lo importante es contar con nuestra propia realidad, y en ella injertar el mundo. En vísperas de darse por entero a la organización de la guerra, que será tanto contra el decadente colonialismo español como contra el naciente imperialismo estadounidense, publica ese sobrecogedor manifiesto que es "Nuestra América" (1891). Allí está patente el pensamiento más profundo y perdurable del modernismo, la verdadera entrada intelecual de Hispanoamérica en la modernidad. Ahora bien: esta no es una verificación a la que pueda llegarse por caminos únicamente estilísticos ni, en general, literarios. De hecho, sin esta clarificación ideológica, los que han insistido, con razón, en que se considere a Martí dentro del modernismo, por lo general no han llegado a mostrar la articulación orgánica entre estilo y pensamiento (modernistas ambos) de José Martí, dejando así abierta la brecha para que buenos conocedores de Martí, como Juan Marinello[12], le

[12] Cf. sobre todo JUAN MARINELLO: *José Martí, escritor americano, Martí y el Modernismo,* México, 1958. Pero luego hubo que tomar en cuenta la importante rectificación que posteriormente hiciera sobre este punto Marinello. Al hablar en París con motivo del centenario de Darío, en 1967, el gran crítico dijo: "Si escribiera de nuevo aquel libro mío —valgan rectificaciones en alta voz, que son las buenas—, no reproduciría exactamente cuanto allí consigné [...] Quien no rectifique el camino poniendo el oído a los rumores que lo bordean, corre el peligro de quedarse rezagado, o de no llegar a parte alguna. No es que hayamos renegado de la tesis fundamental de aquel estudio; es que la meditación continuada sobre sus confluencias impone cambios saludables de enfoque y tono. Sigo creyendo desde luego —y es la espina dorsal del libro *Martí, escritor americano* — que nuestro libertador no puede comprenderse entre los precursores del Modernismo, ni entre los modernistas, porque es la figura magistral de un hecho de distinta naturaleza y mayor alcance, en que el Modernismo queda inserto". Más adelante Marinello hablará "del más importante período de la literatura latinoamericana [sic], el que arranca de los años 80 del siglo pasado y llega hasta los 20 de la presente centuria [...] la magna etapa, nuestra Edad de Oro [...] Llámémosla modernidad, o universalidad, o toma de conciencia,

la literatura de lengua española de ese momento en ambas márgenes del Atlántico, y no, como se ha venido usando hasta ahora, exclusivamente para la literatura de España. Después de todo, la fecha señala el acontecimiento histórico clave que hace ya visible la nueva unidad de los países hispánicos, conjuntamente marginales ante la presencia del imperialismo moderno en el mundo. Esta fecha es tanto española como hispanoamericana. No pocos españoles han asumido ante ella una nostálgica posición colonialista, y por tanto tradicionalista. La verdadera postura modernista fue la de Unamuno cuando escribió a favor de la guerra de independencia de Cuba, que al cabo sería sofocada por la intervención estadounidense en 1898. Este hecho elemental lo recuerda con claridad José Juan Arrom:

> La llamada guerra del 98 en realidad la empezaron los cubanos en 1895 para libertarse de España, y tres años después entraron en contienda los Estados Unidos [...] La súbita entrada de los Estados Unidos en la guerra sorprendió a los desprevenidos, pero no a los enterados. El 18 de mayo de 1895 le escribía Martí a Manuel Mercado: "Ya estoy todos los días en peligro de dar la vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que hacerlo [sic]— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América". La muerte de Martí, horas después, impidió que realizara a tiempo su animoso empeño. Y pronto comenzó a cumplirse su vaticinio [15].

El cumplimiento de ese "vaticinio" lo describe así, por su parte, Paz:

> En aquellos años los Estados Unidos, en vísperas de convertirse en un poder mundial, extienden y consolidan su dominación en la América Latina. Para lograrlo usan de todos los medios, desde la diplomacia panamericanista hasta el *big stick*, en una mezcla infrecuente de cinismo e hipocresía [16].

[15] José Juan Arrom: *Esquema generacional de las letras hispanoamericanas. Ensayo de un método*, Bogotá, 1963, págs. 172-173.

[16] Octavio Paz: *op. cit.* en nota 9, pág. 48.

A continuación, señala lo que para nosotros, aquí, es particularmente importante: "Casi a pesar suyo [...] Darío toma la palabra". Unas líneas antes, nos ha dicho que con la generación de Darío "aparece el antiimperialismo". En realidad ha empezado antes: con Martí. Pero con aquella generación —la del 98— el antiimperialismo deja de ser posición de un hombre para serlo de un equipo, al que sin embargo le faltan los conocimientos económicos y políticos —y sobre todo la actitud radical— de Martí. Aparece el Rodó de *Ariel* (1900); aparece el Darío de la oda "A Roosevelt", que se recogería en los distintos *Cantos de vida y esperanza* (1905). En España, si bien el hecho histórico es vivido con menos claridad, no lo es con menos intensidad, y Unamuno va a encarnar el vuelco hacia el interior de todos conocido. Aunque habría más razones para que los americanos fueran llamados hombres del 98, el discutido término que emplea Azorín en 1913 parecerá un tiempo largo cobijar sólo a los españoles, y llevará incluso a crítico tan perpicaz como Pedro Salinas a creer en la gravedad de estos y en la frivolidad de aquellos. La realidad es que la fecha, si algo significa, no es una división, sino un nuevo nacimiento. En medio del dolor, como en todo alumbramiento, ha empezado la vida nueva para los hombres de nuestra lengua. Esa vida es todavía ésta.